

Diana Marcela Gómez Correal*

De amor, vientre y sangre: Politización de lazos íntimos de pertenencia y cuidado en Colombia**



Buenos días, tardes y noches a todas y todos. Gracias por detenerse en estas páginas a leer las líneas que comparto a continuación. Les agradezco que me acompañen en un momento de gran importancia histórica para el país y los sujetos que han sido victimizados por la acción violenta de todos los actores de la violencia estructural en Colombia. Quiero compartirles algunas de las reflexiones que surgieron de la tesis de doctorado *De amor, vientre y sangre: Politización de lazos íntimos de pertenencia y cuidado en Colombia*, las cuales buscan contribuir a la coyuntura actual desde una mirada crítica y a la vez propositiva que invita a recoger el legado de los sujetos victimizados que vienen luchando

desde hace más de 30 años, y a profundizar la radicalidad de sus demandas para la construcción de un país en paz, que significa, en sus/nuestros términos, edificar un país distinto.

La actual coyuntura es de gran relevancia para Colombia, para quienes han sido asesinados, desaparecidos, torturados, deshumanizados y expulsados de la comunidad de ciudadanía colombiana, así como para las generaciones que vienen. El actual momento no es meramente, lo que de por sí es ya un gran avance, la firma de unos posibles acuerdos de paz con las FARC-EP el próximo 23 de marzo de 2016, sino también, un momento en el que se disputan distintas concepciones de la sociedad, de cómo debe estar constituida, bajo que premisas, que seres cuentan como válidos, y con qué tipo de relacionamiento emocional lo vamos a sacar adelante.

Como trasfondo no evidente del presente contexto tenemos una lucha ontológica, de concepciones de la vida, el buen vivir, la política, la humanidad, la ética y la moralidad que van más allá de la división ideológica de izquierdas/

* Antropóloga, Ph. d., Universidad de Carolina del Norte.

* Este texto, con pocas modificaciones, fue presentado el 20 de octubre de 2015 en el CINEP como parte de un ciclo de presentaciones sobre justicia transicional, paz y víctimas organizadas por Hijos e Hijas por la Memoria y contra la Impunidad, en alianza con Voces de la Memoria del CINEP Programa para la Paz; el CECYME y el Departamento de Antropología de la Universidad Javeriana; y el Grupo Colombiano de Análisis del Discurso Mediático de la Universidad Nacional de Colombia, bajo el título: *Transiciones en Disputa. Pensando la Paz entre teoría y práctica*. Esta presentación es un sucinto resumen de la tesis de doctorado en antropología titulada: *De amor, vientre y sangre: politización de lazos íntimos de pertenencia y cuidado en Colombia*. A esta presentación pública le precedieron dos con los sujetos de estudio en la que socialicé los resultados de la investigación.

derechas, capitalismo/socialismo, buenos/malos. Por eso les convocamos a esta serie de conversatorios bajo el título de **transiciones en disputa**, pues el sentido de la transición y el significado de la propia paz están en discusión, en contienda. La invitación es entonces a sumarnos a esta disputa teniendo presente en el horizonte, y en el aquí y el ahora, la creación de una sociedad que dignifique a sus integrantes, donde quienes por ser diferentes hemos sido conceptualizados como enemigos y/o desiguales, podamos existir: es decir, **ser y estar** en este tiempo-espacio.

Esta investigación doctoral es resultado de un trabajo militante, participativo, auto-etnográfico, que busca avanzar en la descolonización del mundo, comenzando por la producción de conocimiento. En ese sentido ha sido resultado de un esfuerzo consciente y deliberativo por unir la práctica con la teoría, la militancia política con la reflexión intelectual, el conocimiento con la transformación social. Agradezco entonces a todos los que han hecho posible este trabajo, esta pieza de senti-pensamiento, a los familiares que me compartieron sus historias, luchas y sentimientos: a Doña Fabiola Lalinde, Gloria Gómez, Blanca Nubia Díaz, Shaira Rivera, Eliécer Arias, Yuri Neira, Pilar Navarrete, Madres por la Vida, Asociación de Afrocolombianos Desplazados (Afrodes), Tejido de Comunicaciones de la Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca (ACIN), y al Proceso de Comunidades Negras (PCN). Me queda imposible agradecer a todas y todos quienes hicieron posible y contribuyeron a este trabajo en estas líneas; sin embargo quiero mencionar a Hijos e Hijas por la Memoria y contra la Impunidad; al Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado (MOVICE), y en especial al capítulo Bogotá del MOVICE; al Movimiento Sueco por la Reconciliación (SWEFOR); al colectivo Dexpierte; a mi madre, Luz María Correa; y a mi familia en general. También agradecer al CINEP, a la Universidad Javeriana y la

Nacional por apoyar esta serie de conversatorios, y a Carolina Olarte, del Instituto Pensar de la Universidad Javeriana, por aceptar la invitación a comentar mi investigación.¹

Esta tesis busca entender como los lazos de pertenencia y cuidado familiares, comunales y organizacionales, son politizados en un contexto de violencia exacerbada en Colombia, en el cual el Estado ha sido un actor más de la confrontación violenta, y como esta politización lleva a la creación de un movimiento de víctimas en el país. La investigación se preocupa por entender el rol de las emociones en la acción social colectiva de los familiares; la creación de la identidad de familiares y víctimas, así como las transformaciones subjetivas que esa identidad genera; las relaciones de poder que circulan entre los familiares, las organizaciones de familiares y víctimas, las organizaciones de derechos humanos, los actores de la guerra y el Estado, y por último las contribuciones de los familiares, los sujetos victimizados, a la sociedad colombiana. Les propongo entender las propuestas, demandas y reclamos de los sujetos victimizados por la acción estatal y los paramilitares como **DONES** a Colombia, y no como en muchos casos se ha visto, cargas que impiden la paz y la reconciliación.

Privilegié trabajar con los sujetos victimizados por la violencia estatal y el paramilitarismo, no sólo por mi propia historia, sino por la conciencia de que son las víctimas más invisibilizadas en la historia de Colombia, en especial las de la criminalidad estatal, quienes han recibido un trato asimétrico por el Estado, los medios de comunicación y la sociedad en general. Sin embargo, la realidad de Colombia y mi compromiso ético con la vida, me llevó a dialogar con las víctimas de la guerrilla, y reconocer en aquellas que están

¹ Agradezco también a Juanita Barreto por invitarme a publicar la presentación en la revista, así como al resto del Comité Editorial por aceptarlo.

organizadas y ponen en el centro de su lucha la vida y la construcción de un mejor país, pares con los que construimos en el día a día otras Colombias.

Este trabajo, y la presentación de hoy, es un homenaje a todas las personas que han sido deshumanizadas en la configuración del mundo actual. A mi padre Jaime Gómez, a Luis Fernando Lalinde, Héctor Jaime Beltrán, Nicolás Neira, Guillermo Rivera, Jaime y Javier Arias, Leonardo Gómez, Irina del Carmen Villero, y a todos los sujetos históricamente discriminados: indígenas, afrodescendientes, campesinos y mujeres, que hemos sido objeto de una violencia patriarcal y moderna/colonial sistemática, que permanentemente nos ha negado. Hoy también deseo hacerle un homenaje a mi abuela Ana Elvia Velásquez, quien partió hace pocos meses con su corazón destrozado, como han partido muchos otros familiares para quienes la deshumanización de la que fueron objeto sus seres queridos acabó con ellos.

Con la conciencia de una violencia estructural que va más allá de la aparición de las guerrillas, de la violencia bipartidista, de la construcción del Estado-nación, y que se remonta a cuando esta tierra, Abya Yala (no América)², fue violada, raptada, capturada y dominada por los conquistadores españoles, la tesis que hoy les comparto fue escrita a través de tres alter-egos: Diana, Antígona y Huitaca, esta última una figura indígena milenaria de re-existencia³, que renace en medio del imperio de la muerte y la impunidad como un ser rebelde y de esperanza.

Hoy quiero invitarlos a acompañarnos en la disputa por la transición, en la construcción de una paz donde usted y yo nos sintamos reconocidos, y en la que sea posible decodificar y desterrar el

código de muerte. Para ello quiero hacer visible lo que algunas de las personas victimizadas por la criminalidad estatal y paramilitar han vivido, así como sus propuestas y aportes a otro *estado* de la sociedad, y algunos elementos que son necesarios para la construcción de una sociedad que habilite el florecimiento de la vida, y en los cuales ustedes y nosotros, la sociedad en su conjunto, juegan un papel de importancia.

Sangre: el fluido de la vida y la muerte

En el 2002 comencé a ser parte de la Iniciativa de Mujeres Colombianas por la Paz (IMP), desde donde tuve la posibilidad de conocer la historia de muchas mujeres que habían perdido sus familiares a manos de la violencia política, y de actores como las guerrillas, los paramilitares y el propio Estado. Durante esos años conocí a Doña Fabiola Lalinde, una mujer trabajadora, cuyo hijo, Luis Fernando, fue desaparecido por las Fuerzas Armadas cuando tenía 26 años, el 20 de noviembre de 1984. Luis Fernando era un estudiante de sociología y era integrante de las juventudes del Partido Comunista Marxista-Leninista. Esta organización trabajaba de manera cercana con la guerrilla del Ejército Popular de Liberación (EPL), un tipo de relación entre la lucha civil y armada que ha sido parte de la historia política del país. Luis Fernando hacía trabajo político pero no era un combatiente armado, fue detenido por las Fuerzas Armadas, torturado, su cuerpo expuesto por horas en frente de un colegio, asesinado y luego desaparecido. Sin saber que su hijo había sido desaparecido forzosamente y asesinado, Doña Fabiola comenzó un camino difícil y doloroso en búsqueda de su hijo. Camino que ella y otros sujetos victimizados reconocen como un “Calvario”.

En IMP también conocí a Gloria Gómez. Su hermano, Leonardo, un estudiante de bachillerato cercano a la recién formada guerrilla del M-19,

² Abya Yala es la denominación que los indígenas Kuna le dan al continente, y significa tierra en plena madurez.

³ Huitaca es un personaje femenino de las y los Muiscas.

fue una de las primeras personas en denunciar el fenómeno de la desaparición forzada en Colombia. Leonardo fue tomado en 1983 por una agencia de inteligencia colombiana, torturado y asesinado. Durante el proceso de búsqueda de su hermano, Gloria comenzó a ser parte de la recién formada Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos (ASFADDES). Como otras, Gloria comenzó a llamarse a sí misma como familiar de un detenido-desaparecido.

La desaparición forzada ha sido una metodología y una tecnología de la violencia empleada principalmente por agentes del Estado y paramilitares, la cual consiste en retener a alguien, torturarlo, asesinarlo y desaparecer su cuerpo. Esta práctica aberrante tiene la intención de provocar miedo y borrar, negar al individuo, y con esto su humanidad, pero también desarticular la oposición política y los procesos colectivos y comunitarios. Durante la década de 1970, ésta se convirtió en una práctica común para lidiar con los activistas de izquierda y con las guerrillas, con el “enemigo” comunista bajo la aplicación de la Doctrina de Seguridad Nacional.

La desaparición forzada ha sido empleada de igual manera contra personas sin ninguna afiliación política, como es el caso de Héctor Jaime, quien fue desaparecido por las Fuerzas Armadas de Colombia, durante lo que conocemos, como el Holocausto del Palacio de Justicia. Su esposa, Pilar, luego de que Héctor no regresara a casa, comenzó a buscarlo con vida, y luego de 30 años, su lucha continúa. Hoy su voz se levanta para decir con los otros familiares que sus seres queridos, como mucha evidencia lo demuestra, fueron efectivamente desaparecidos por las Fuerzas Armadas de Colombia, y no como pretenden decir hoy quienes han estado involucrados, por la guerrilla del M-19.

“Prendí el televisor pero como estaban las niñas almorzando preferí apagarlo, y dije: ‘a él no le va a

pasar nada’ ... Es que una persona cuando no tiene intereses políticos, ni tampoco era una persona importante ... no tenía por qué ser retenido como rehén, o haberlo asesinado, **no era importante para nadie** ... Recuerdo muchísimo todas las imágenes ... recuerdo la angustia ... así uno sienta y tenga fe de que a su familiar no le va a ocurrir nada, es la angustia de ver los tanques ingresar, es algo que no se le borra a nadie de la cabeza ... Cuando uno recuerda todo eso, y entonces empieza a traer a la memoria lo que vio en esos días, empieza a sentir la **angustia** de esos momentos, y siempre recuerdo esa **angustia** tan impresionante, esa impotencia de ver los tanques, de ver correr la gente, de los disparos, del fuego desmedido que hubo en ese momento ... Al amanecer ya la angustia nos tenía enloquecidos” (Pilar Navarrete en Morales 2013).

Esta misma tecnología del *poder de dominación*, ha sido usada en contra de otros sujetos como campesinos, indígenas y afro-descendientes. Esa es precisamente la historia de los primos de Eliécer Arias, Javier y Jaime, dos indígenas Kankuamos desaparecidos por los paramilitares con complacencia de oficiales estatales y acusados, sin tener nada que ver, de ser parte de las guerrillas. En el caso de los indígenas, afrodescendientes y campesinos, la razón de esta violencia tiene que ver con su pertenencia étnica y su ubicación en territorios estratégicos disputados por todos los actores armados. La historia de los Arias es bastante particular además, pues uno de los móviles para su exterminio tiene que ver con el hecho de ser de apellido Arias, crimen en el que están involucradas las élites del departamento. En medio de esta violencia, algunas organizaciones de familiares y personas desplazadas han sido creadas, como el caso de Madres por la Vida y la Organización Nacional de Afrodescendientes Desplazados, con quienes tuve la oportunidad de conversar en Buenaventura.

Al mismo tiempo que esta violencia política y étnica, parte de una violencia estructural y encarnada, ha tenido lugar en Colombia, las mujeres han sido objeto de violencia por razón de su

género. Esta es la historia de Irina, una mujer joven que fue raptada por los paramilitares, violada por varios hombres, asesinada y luego su cuerpo dejado a la intemperie. Su madre, Blanquita, desde el momento que encontró a su hija muerta, ha estado exigiendo verdad y justicia, y hace parte del MOVICE, creado en el 2005 en el contexto de la desmovilización paramilitar.

Diferentes instituciones del Estado han estado involucradas en violaciones de derechos humanos como el extinto Departamento Administrativo de Seguridad Nacional (DAS), en algunas ocasiones en contra de la izquierda y procesos sociales como el de la Comunidad de Paz de San José de Apartadó, y en otros como parte de una profunda militarización de la sociedad. Esta es la historia de Nicolás, un adolescente que estaba marchando el primero de mayo con grupos anarquistas. En medio de las ya comunes confrontaciones que ocurren entre algunos sectores que marchan y la policía, el Escuadrón Móvil Antidisturbios (ESMAD) lo golpeó hasta matarlo. Su padre, Yuri, comenzó desde el momento en que le cuentan que su hijo ha muerto, a demandar verdad y justicia. Como otros sujetos victimizados, Yuri ha sufrido amenazas permanentes y ha sido obligado a exiliarse. Al igual que Blanquita, Yuri hace parte del MOVICE.

En el 2006, mi papi, Jaime Gómez, quien hoy cumpliría 65 años y para ese entonces era asesor de Piedad Córdoba, fue desaparecido el 21 de marzo en pleno centro de Bogotá, en las montañas. Ese trasegar por un “Calvario” que ya había reconocido en otras y otros, y que yo comenzaba a caminar a mi propio ritmo, me había permitido identificar dimensiones de la política que exceden la política moderna (De la Cadena, 2010), o la política tal como la conocemos oficialmente. En ese contexto comencé a ser parte de Hijos e Hijas, movimiento que hizo su aparición pública en julio del 2006, y al que han llegado personas

como Shaira Rivera, a quien en abril del 2008 le desaparecieron en circunstancias muy parecidas a las de mi padre y al suyo, Guillermo Rivera, sindicalista y reconocido líder de izquierda.

Todos estos hechos de violencia desarticulaban proyectos de vida, afectaron procesos políticos, reconfiguraron el territorio nacional, impusieron el terror en la vida cotidiana, pusieron en el centro el miedo y la desconfianza, impidieron ritos ancestrales de entierro, generaron un enorme sufrimiento social, y buscaron destruir los lazos sociales y de esa manera demoler el poder que surge desde las comunidades, los procesos organizativos y lo local. La violencia de unos y otros ha tenido como efecto devastador romper múltiples relacionalidades: con el ser querido, las organizaciones políticas, los procesos comunitarios, el territorio, el río, la ciudad de origen, con usted, y entre la sociedad en general. Toneladas de sangre han sido derramadas como parte de un ejercicio de eliminación constante de la diferencia, eliminación física y simbólica que necesariamente nos tiene que llevar a reflexionar quiénes somos como colombianos y colombianas.

Por suerte la sangre es también vida y el sufrimiento se ha traducido en digna rabia y entre otras cosas, las relacionalidades rotas han sido reconfiguradas de diversas maneras. La pérdida de los seres queridos nos ha llevado a la conformación de organizaciones, movimientos, procesos colectivos que son entendidos por los familiares como “familias”, algunas nucleares y otras extensas, en las cuales encuentran solidaridad y compañía, lo que no reciben del Estado, una gran porción de la sociedad e inclusive de sus propias familias. Hasta cierto punto la persona que el familiar ha perdido es reubicada, simbólica y físicamente, dentro de los nuevos lazos de pertenencia y cuidado. La soledad que ha dejado la pérdida del ser querido es balanceada con la lucha cotidiana.

Algunos de los familiares “deciden” mantenerse en las organizaciones porque han creado nuevos lazos afectivos y una comunidad de pertenencia que les acompaña en sus búsquedas pero que también les dan fuerza para continuar en la lucha, con la vida misma y con los procesos de sanación y duelo. El nuevo lazo es experimentado como encarnado y como la construcción de un nuevo cuerpo.

“[M]is raíces están aquí, aquí en el MOVICE. Mis pies, mi cabeza, mi cuerpo. Todo esta aquí. [Cuando salgo] a caminar es el espíritu que soy yo ... Yo ... aquí estoy es sembrada” (La Mache 2013).

A diferencia del pensamiento moderno occidental hegemónico, para muchos de los familiares los muertos están vivos, tienen agencia, hacen que estemos hoy aquí conversando. Viajan alrededor del mundo a través de camisetas, botones, murales, pancartas, fotos, discursos. En muchos casos sus banderas políticas son recogidas por sus hijos e hijas, esposas, madres, padres, hermanos y hermanas, y sus “camaradas”. Nos hablan en sueños, nos cuidan, nos avisan de cosas que van a pasar, nos ayudan a ganarnos la lotería, e incluso logran que los asesinos confiesen y/o acaben con sus vidas.

“La muerte es una cosa natural para nosotros, no es nada que nos de miedo, nuestros ancestros caminan con nosotros, ellos van delante, nosotros vamos detrás, ellos van como iluminándonos el camino, a veces cuando vienen así problemas, dificultades, yo puedo ver a mi abuela que me dice que tengo que ser fuerte, que tengo que tener fortaleza porque me viene una situación muy difícil o algo va a pasar en la casa ... y que no estoy solo, porque ellos siempre están ahí acompañándome ... [Yo] siempre la veo [a ella] en sueños” (Eliécer Arias, 2013).

Muchos familiares consideran que su historia de vida se partió en dos con el hecho violento, antes y después, y que nunca más volverán a ser los mismos. Madres y padres renacen de sus hijos; hermanas y primos de sus hermanos y primas;

esposas de sus esposos; hijos e hijas de sus padres y madres. Los seres queridos se convierten en semillas que se esparcen y que dan origen a más semillas, y esas semillas, a través de su práctica, a más y más semillas.

“Somos semillas, somos memoria, somos el Sol que renace ante la impunidad” (MOVICE).

La experiencia de victimización de las que les hablo trae a la política a los muertos y los desaparecidos, así como a las emociones, los afectos, las intuiciones y el cuerpo. No hay paz posible, no hay cambio cultural factible si no reconocemos a nuestros muertos y el gran poder del afecto.

Desde el amor: haciéndonos con otros

Bajo el imperio de la razón las emociones han sido desconocidas y desvalorizadas, lo cual ha hecho que su importancia en la construcción de lazos sociales, comunidades y la sociedad en general haya sido invisibilizado. De igual manera ha sido despreciado el papel central de las mujeres y otros sujetos asociados con lo femenino como los indígenas y los afrodescendientes en la producción y reproducción de la vida por ser asociados con las emociones, así como ciertas tareas culturalmente asignadas como la del cuidado.

La visión dicotómica de la modernidad hegemónica que opone razón y emoción ha hecho que el papel de las emociones en la política, la dominación, la producción de conocimiento, la construcción de la realidad, las identidades y las subjetividades sea desconocido, así como la centralidad del cuidado en la construcción de los lazos de pertenencia, las comunidades y la sociedad, y la propia experiencia del sufrimiento social. Este entendimiento particular de las emociones está íntimamente relacionado con el patriarcado, y tiene una historia de larga duración vinculada con el colonialismo, en el cual una estructura de sentimientos (Williams, 1977)

y un habitus emocional (Gould, 2009), una **colonialidad de las emociones**, se fue construyendo, y ha estimulado la eliminación física y simbólica de las diferencias.

Las siguientes líneas escritas en el siglo XIX, después de la Independencia, son un buen ejemplo de esta **estructura de sentimientos y habitus emocional hegemónico**. En esta cita el cuidado, el sufrimiento, el amor por los otros y la ternura, son asociadas con las mujeres, mientras la política y el asesinar, con los hombres.

“La vida pública no es el lugar de las mujeres. Las mujeres deben permanecer en casa, suavizando con su **cuidado y sonrisas** la amargura que nosotros brindamos del exterior. ... [A las mujeres les digo,] quédense en casa. Permítanos a nosotros el placer de ser **presidentes o dictadores**, confundir en las elecciones, insultar en el congreso, mentir en los periódicos, y **matar** a nuestros hermanos en las guerras civiles ... Para cumplir su destino hermoso y heroico, la mujer no necesita derechos políticos, tampoco emancipación o independencia como reclaman los innovadores modernos. Esta es su misión **humanitaria y civilizadora**, su verdadero y heroico destino: apoyar a los que **sufren, sacrificarse por sus seres queridos**, brindar alivio al enfermo, inspirar compasión y virtud en el corazón de su hijo; aceptar completamente sus responsabilidades como madres e hijas; practicar la **caridad** en medio de una sociedad repleta de **egoísmo y amor por el dinero**; suavizar los hábitos y traer a casa el poema apropiado de su encanto, belleza, gracia y **ternura**” (Kastos 1855, en Rojas, 2002)⁴.

Desde la década de 1980, mujeres como Gloria, Doña Fabiola y Pilar, familiares de personas desaparecidas forzosamente por el Estado, comenzaron a politizar los lazos familiares, de pertenencia y cuidado, llevando a cabo un tránsito a la esfera “pública”, a la “política”, en un proceso en el que no solo la razón sino también las emociones cumplieron un papel importante. En su proceso de politización enfrentaron un comando cultu-

ral patriarcal y colonial asignado a los hombres: matar. Este proceso incluyó la construcción de identidades individuales y colectivas, la reorganización de la subjetividad, el surgimiento y/o radicalización de una mirada crítica sobre el Estado-nación burgués y la sociedad capitalista, y la construcción de un horizonte político, que politiza los afectos, el cuidado, y pone en el centro la vida y la dignidad humana. En ese sentido el **poder de dominación** crea “nuevos sujetos”: los familiares/las víctimas, pero también estos despliegan su **poder de resistencia-liberación** retando la dominación.

El **evento afectivo** – el hecho violento – es precedido en estas historias por **amor acumulado**. Amor que surge y es cultivado en los lazos de parentesco y comunitarios, y que son el resultado de otras emociones que se experimentan por los seres queridos antes de que el crimen fuera cometido como ternura, orgullo, esperanza, afecto, alegría, satisfacción y “complacencia” (MOVICCE-Bogotá, 2013). Todas estas emociones están íntimamente relacionadas con el cuidado, y son materialización de afecto, energía, fuerzas viscerales, un poder que surge cuando los cuerpos son tocados y que funciona como una mediación de la realidad que se actualiza en el flujo de la vida.

Para algunos sujetos victimizados el afecto se puso en marcha antes de saber lo que estaba ocurriendo con sus familiares, o incluso con anterioridad a que el evento de violencia tuviera lugar. Una suerte de presentimiento es experimentado por distintos sujetos victimizados que se expresa de diversas maneras: sensaciones incómodas en el cuerpo, sueños días antes del evento violento, pensamientos inexplicables, y/o palpitaciones. Esta circulación de afecto va más allá de la racionalidad hegemónica occidental, conecta el cuerpo con las emociones y el pensamiento, y relaciona a los humanos más allá de la comunicación lingüística y la presencia física.

4 Las traducciones de los textos del inglés son mías.

“[E]so fue ... cuando la mataron a ella ... me dentro esa desesperación a mí. Y yo caminaba, pues como sería que las vecinas me decían que si yo estaba borracha, porque yo caminaba, me rascaba, me hacía así ... Y yo decía: ‘a mí me va a dar algo.’ No sabiendo que era la cuestión [en ese momento] estaban matando a mi hija” (Blanca Díaz, 2013).

Cuando la vida de un ser querido es amenazada, los familiares se preocupan, experimentan diversas emociones, y tratan de hacer algo para resolver la situación. Las emociones les instan a actuar (Oatley 2004: 3), haciendo mover sus cuerpos. Los familiares caminan sus trayectos como seres senti-pensantes, y en ciertos momentos, movidos por las emociones y el pensamiento “deciden” actuar. La “decisión” de actuar no tiene lugar en un momento concreto y de una manera consciente, sino más bien en el movimiento de sus cuerpos, en la fluidez de la vida. Las emociones, como plantea Ahmed (2004a: 7) no son solo reacciones, sino también acciones, trabajan como evaluaciones, juicios. En este proceso los familiares enmarcan la situación que viven como injusta, lo que Barrington Moore llama la “indignación moral”, y que aquí se entiende como un tipo de emoción, una concretización del afecto.

“Bueno, uno, creo que nosotros los familiares los que ... le dimos origen a esta organización hay pues como dos cosas que son muy grandes. Uno ... el **amor** por nuestros familiares, y [dos,] ... mucho esa **terquedad de lograr la justicia**” (Gloria Gómez, 2013).

La indignación es acompañada por otros sentimientos como rabia, miedo y tristeza. Por si solas las emociones no explican que un familiar decida actuar dado que las emociones también “pueden llevar a la persona a mover su cuerpo lejos de lo ... que ha causado el dolor” (Ahmed, 2004b: 29). En ese sentido la razón por si sola tampoco lo hace. Lo que es posible observar en la historia de los familiares es que con anterioridad al evento afectivo, estos exponen una personalidad rebelde

o fuera de lo “normal”, siendo sujetos críticos que logran evitar el completo disciplinamiento de los “instintos” colectivos, del afecto, las emociones y los juicios éticos y morales, convirtiéndose o reafirmando ser *sujetos* abiertos a la transformación (Gibson-Graham, 2006).

El evento afectivo desencadena una serie de emociones que marcan al sujeto por siempre. Estas emociones viajan a lo largo del tiempo, no son estáticas, se experimentan como la “carne del tiempo” (Ahmed 2004a). Algunas están siempre presentes aunque su intensidad puede cambiar de acuerdo a las coyunturas. En el primer taller que realizamos con el capítulo Bogotá del MOVICE en el 2013, elaboramos unas trayectorias de las emociones, en las cuales identificamos momentos claves en la búsqueda de nuestros familiares y la concretización de nuestras demandas, explorando como las emociones viajan en el tiempo y su rol en el proceso organizativo. De igual manera elaboramos unas cartografías de las emociones. Primero identificamos las emociones que acompañaban el evento afectivo, y luego las localizamos en las siluetas de nuestros cuerpos.

En las trayectorias de las emociones que dibujamos, el dolor, el miedo, la rabia, el odio, la venganza, la impotencia, la tristeza y el vacío, entre otras, fueron descritas como las emociones que después del evento continúan presentes, así como la esperanza y el amor. Las actividades que los familiares llevan a cabo, casi diariamente, les brindan satisfacción y alegría. Recordar al ser querido es experimentar también amor intenso y orgullo. Algunas veces las lágrimas y la risa se mezclan, y una profunda felicidad es seguida por una intensa tristeza y viceversa. El amor y el odio, la felicidad y la tristeza no son opuestas, por el contrario, son esenciales cada una para ser reconocidas y encarnadas.

“**Impotencia, rabia** ... uno trata de no perder la **esperanza** pero a veces piensa uno que va a ser muy difícil encontrar la verdad, encontrar la justicia que uno quisiera que llegara ... es como muy **desalentador**. Y además ... como que sentir que muchas cosas que giran alrededor del momento político del país pueden determinar ... que esa verdad o que esa justicia llegue ... el momento político de este país con los diálogos [de paz], si, con eso de transar la justicia ... porque se logre la paz, eso puede afectar que se hable de todo lo que pasó durante ese gobierno de Uribe ... eso me produce mucha **angustia**” (Shaira Rivera, 2013).

Cuando analicé detenidamente las cartografías del cuerpo pude observar que todas ellas identificaban y localizaban en el cuerpo dolor, formulando de esa manera un reclamo legítimo. Wittgenstein plantea que la frase “duele” no es una afirmación declarativa que busqué describir un estado mental. Por el contrario, es un reclamo que no es el fin de un juego del lenguaje sino más bien su inicio (En Das, 2008). Haber encontrado dolor en todas las cartografías me sorprendió porque como sociedad nos hemos acostumbrado al sufrimiento, y la manera de pensar cartesiana y dicotómica nos previene de “escuchar” a nuestro cuerpo. Luego de años de experimentar los impactos de la violencia en mi cuerpo, aprendí a escucharlo. Cuando regresé a Estados Unidos, luego del período más prolongado de mi trabajo de campo en Colombia, ese aprendizaje se intensificó.

“Esa mañana estaba en Carrboro recostada en una camilla. Era quizás la cuarta vez que estaba haciendo acupuntura desde que regresé ... a escribir mi tesis ... No me podía relajar. Luego de treinta minutos de impaciencia levanté mi cara y entré en pánico. Le pedí a la terapeuta que quitara las agujas. Las agujas en mi cuerpo me evocaron, más que una imagen, un sentimiento de mi padre siendo torturado. Ya había experimentado una reacción similar mientras hacía yoga sin ser consciente de lo que pasaba. Cuando la terapeuta me quitó las agujas me preguntó que ocurría. Intuitivamente conocía la respuesta. A través de mi cuerpo siento

y recuerdo. A través de él he desarrollado una empatía con el dolor de mi padre, y produzco conocimiento” (Huitaca, 2014).

En el presente si Colombia quiere construir una paz estable y duradera debe escuchar a los cuerpos de los sujetos victimizados, los cuales están extremadamente cargados con emociones y sentimientos como los que he descrito anteriormente: impotencia, rabia, tristeza, miedo, odio, venganza, depresión e indignación, entre otros. Estos cuerpos son una herida que tiene muchas cicatrices, signos sociales de un daño que necesita sanar, pero no a través de una sanación retórica que sigue la concepción lineal del tiempo y pretende dejar atrás el pasado y cerrar un capítulo “bárbaro” del Estado-nación sin realmente lidiar y transformar el pasado que le ha dado origen a la violencia estructural.

En el cuerpo de Blanquita están corporizadas la tristeza, la rabia, el odio, el vacío y el cansancio. La rabia es localizada en la cabeza, el cansancio en sus manos, y el vacío en su zona abdominal. Perdió a Irina, quien un día estaba en su vientre. Blanquita dibujó en su corazón dos ojos que están llorando. Allí ella tiene una herida que duele, y en la misma parte del cuerpo experimenta sentimientos muy profundos, entre ellos el odio. En su brazo izquierdo localiza la pérdida y la debilidad.

En el cuerpo de Yuri se encuentra un profundo amor por su hijo, así como odio, impotencia, soledad, venganza, esperanza y miedo. Yuri localizó la rabia y el amor en su cabeza, en su pecho la venganza, la soledad y el coraje, y en su zona abdominal amor, venganza y rabia. En su colon tristeza y soledad. Mientras en uno de sus brazos hay venganza, en el otro soledad y amor. El hijo con el que solía tomarse de la mano ya no está vivo, pero ahora Yuri camina con un pie de esperanza y otro de amor. En su cuerpo dibujó las emociones unas conectadas con otras.

En Colombia la experiencia de violencia está brindando nuevo conocimiento y perspectivas sobre el cuerpo. Un cuerpo que funciona como una “totalidad orgánica,” una red de relaciones en la cual la mente y el cuerpo, lo biológico y lo cultural no están separados, y donde mente-espiritualidad-emociones están interconectadas. Más aún, el cuerpo no tiene una frontera clara dado que más allá de la materialidad, el tiempo y el espacio, está conectado con otros cuerpos. No es una materialidad auto-contenida sino más bien una porosa. Esta interconexión de las emociones con el cuerpo hace más urgentes los procesos individuales y colectivos de sanación y duelo, dada la ocurrencia común de cáncer de útero y seno entre las madres, de ataques del corazón en los padres, y problemas crónicos en el colon de otros familiares.

Prestar atención a las emociones hace necesario examinar también su rol en la política nacional, en la dominación y la violencia. Las emociones, en distintos escenarios políticos y de la vida cotidiana, son movilizadas para ganar apoyos incondicionales, neutralizando la capacidad crítica de las personas. En nuestro país el amor y el odio han contribuido a la creación de diversos NOSOTROS y ELLOS como opuestos y jerárquicos, así como la frontera, el límite, la piel de las relaciones sociales.

“Conservadores: nunca podremos **odiar** ni a José Hilario López ni a Obando tanto como odiamos al Presidente Olaya Herrera. Y ese **odio** se lo transmitiremos a nuestros hijos de forma tal que algún día nos venguen” (Silvio Villegas 1954. En J. Guerrero 1991).

Las emociones han sido movilizadas políticamente y han desencadenado la violencia en Colombia. Si bien las emociones han sido centrales en la creación de las afiliaciones sociales y políticas, para producir miedo y sujetos dóciles, odio y venganza, su rol ha sido ignorado. Este uso de las emociones ha alimentado la construcción

de un **habitus emocional hegemónico** que tolera y justifica ciertos asesinatos y actos de violencia, mientras censura otros, y que incluye al mismo tiempo el odio como un elemento central desde el que se ha contribuido a borrar y eliminar la diferencia y alimentar un círculo auto-generativo de violencia. La sociedad colombiana, así se enmascara y no se discute públicamente, es una sociedad que odia.

Algunos familiares estamos diciendo que experimentamos muchas emociones y dolor, y que la sociedad no nos está escuchando. Si bien algunos sujetos victimizados hemos sentido odio, un sentimiento predecible y “normal” en un contexto como el colombiano, hemos decidido no optar por la venganza y el asesinato de los victimarios, sino por el contrario privilegiar el amor y la digna rabia sobre el odio, contribuyendo de esa manera a desestabilizar el **habitus emocional hegemónico**.

“He llegado del **odio** irracional, de la **venganza** neta, a un gran **amor** ... y he tratado de ser más justo, pensando en Nicolás” (Yuri Neira, 2013).

Al privilegiar el amor y la digna rabia, los familiares se están enfocando en el cuidado y la dignidad, recreando un lazo social que mantiene los vínculos familiares y comunales, y la relacionalidad, en vez de deshacerla, como lo hace la violencia. Los familiares luchan como seres *senti-pensantes* que localizan la vida en el centro en vez de la muerte, privilegiando *un amor* y *un cuidado horizontal* (diferente al amor y el cuidado vertical del Estado y el patriarcado), y que necesariamente incluye las nociones de justicia y verdad. Esto no significa que el conflicto sea desconocido, sino que al ponerse el cuidado como una obligación del entre NOSOTROS en el centro, da la posibilidad de evitar resolver los conflictos eliminando física y simbólicamente al que me ha hecho daño y/o piensa diferente.

La construcción de paz en Colombia está ligada necesariamente a una nueva aproximación a la diferencia que incluye el **cuidado y el amor horizontal**, e ir más allá de la enunciación discursiva del respeto a lo diferente, para pasar a una práctica radical de la diferencia, una práctica que pasa por el sí mismo, por la interrelación directa con los otros, el nos-otros. Una paz que dignifique requiere que reconozcamos las emociones y el sufrimiento social de los sujetos victimizados, su capacidad de lucha y resistencia, y los múltiples aportes que le hacemos a la sociedad colombiana en términos de una ética del cuidado de la vida. Pero también es necesario que nos relacionemos con ellos emocionalmente de una manera no hegemónica: no desde la lástima, la compasión y el paternalismo que no contribuye a cambiar lo que ha producido el sufrimiento. Por el contrario, se requiere solidaridad, amor y cuidado horizontal, poner en práctica el amor eficaz del que habla el cura Camilo Torres (2010), el cual incluye necesariamente la práctica, la acción horizontal *efectiva*. Necesitamos que las y los colombianos se decidan a hacer algo, a actuar para transformar una sociedad en la que ha reinado la muerte.

El vientre: hacia un re-nacimiento

Los familiares, los sujetos victimizados por la violencia paramilitar y estatal, le han hecho a Colombia a lo largo de ya más de tres décadas importantes contribuciones. Han puesto a circular una serie de dones, que como todo don, nos enseña la teoría antropológica clásica, debe ser objeto de reciprocidad (Mauss, 2000). Una sociedad que respeta y valora al otro da cuando recibe. Algunos de esos dones de los familiares y los sujetos victimizados tienen que ver con:

Un gran esfuerzo cotidiano por redefinir el carácter de lo humano y la ciudadanía. Hemos por años problematizado quien es realmente reconocido como humano/ciudadano, cuando hay

cientos de mujeres y hombres que a través de la violencia y la tortura han sido denigrados, y se les ha negado la pertenencia a un “nosotros” nacional. De la mano con esto, hemos reclamado la dignidad de quienes fueron expulsados de las dos comunidades: la humana y la colombiana; y la nuestra propia. Desde allí proponemos entonces una ética y una moralidad del relacionamiento, que nos dice que la vida debe estar en el centro, y que sin verdad y justicia no se puede construir una sociedad que sea viable en términos de dignidad. En ese camino hemos cuestionado la manera como funciona el Estado-nación burgués, y los límites del discurso de las leyes para materializar nuestras propuestas y demandas, invitando de esa manera a ir más allá del imperio y el fetichismo de la ley.

Hemos controvertido la idea del sujeto autónomo, individualista y racional del liberalismo al preocuparnos por nuestros seres queridos, y al hacer de nuestras luchas, luchas más colectivas que superan el protagonismo de un familiar y el nuestro propio. Siguiendo una expresión de Foucault (1993), hemos hecho visible la invisibilidad de lo visible. En este caso la violencia de Estado y la existencia de los sujetos victimizados, poniendo en la discusión pública cómo la oposición política y otros sujetos han sido tratados por el Estado, así como el trato asimétrico que han recibido históricamente los sujetos victimizados por el Estado y el paramilitarismo.

Desde esa lucha nos hemos constituido en actores políticos, más allá del testimonio, retando la dominación y la mirada estereotipada y dominante sobre las víctimas, buscando escapar al sujeto dócil víctima que el Estado, a través de la justicia transicional hegemónica, busca crear. En ese camino hemos controvertido la idea de que la víctima es aquella que en términos hegemónicos es inocente, es decir, que no tiene afiliación política, diciéndole a la sociedad, aún con

dificultad, que así un militante de izquierda estuviese cercano o fuera parte de las guerrillas, eso no autoriza al Estado a que lo torture y desaparezca. Con todo esto reevaluamos el tipo de ciudadanía con el que está acostumbrado a tratar el Estado, y rescatamos el proyecto político de nuestros familiares, pluralizando la democracia, y negándonos a ser cómplices de la degradación de la sociedad.

Así, estos sujetos victimizados de los que les hablo articulan/articulamos a nuestras propuestas, demandas y reclamos éticos y morales, la construcción de otra sociedad, por eso el esfuerzo permanente que hacemos por la memoria, la verdad y la justicia, debe ser entendido más allá del discurso de la justicia transicional hegemónica, para ser capaces de poder ver la radicalidad de las demandas. En ese sentido estos sujetos nos dan/damos claves para repensar el Estado-nación y el cómo organizarnos, abriendo el camino para pensar en *otros estados* de la sociedad.

Si bien hay similitudes en la manera como los sujetos victimizados comprenden la justicia, es difícil encontrar una sola definición. No obstante, de manera reiterativa se plantea que la justicia debe funcionar como una sanción ética y moral a los autores materiales e intelectuales de los crímenes cometidos que se corresponda con el daño causado. Ya que mucha de la victimización viene del propio Estado, se espera que sus miembros reciban una sanción más fuerte por el hecho de que el Estado está supuesto a cuidar a sus ciudadanos. En estas concepciones, la justicia está directamente relacionada con el derecho a saber, con la obligación del Estado y los victimarios de indemnizar y el deber de reparar, y con el Nunca Más. La justicia no es equiparada necesariamente por todas las personas victimizadas con la cárcel, pero sí pensamos que debe materializarse obligatoriamente con la sanción social. Más allá

de la justicia por arriba, la que se transa entre los actores armados, resulta fundamental la condena social, de ustedes, colombianos y colombianas, como una forma, aunque no la única, de que se aplique justicia.

A diferencia de la justicia transicional, un modelo de transición que en muchos contextos termina negando ese derecho porque pese a todo el despliegue que se ha hecho desde el Estado-nación para garantizarlo en la sociedad burguesa la justicia es el principal nudo gordiano (Gómez, 2015), la justicia que nosotros y nosotras reclamamos debe contribuir a desestructurar la impunidad que ha sido co-constitutiva del Estado, y debe encarar las causas estructurales que generaron la violencia. En ese caso no se trata de bajar los niveles de justicia para transitar de un lugar a otro, sino de poner en el centro una **justicia para la vida** (Gómez, 2012), capaz de resarcir el gran sufrimiento que ha causado la maquinaria de muerte. Esa justicia para la vida, siguiendo la noción de Nietzsche (1873) sobre una historia para la vida, incluiría en las sanciones legales a los países del norte hegemónico que han incidido en la violencia estructural y corporizada que ha acompañado nuestra historia. Punto que jamás se discute en la aplicación de la justicia transicional hegemónica.

Indudablemente esta sociedad necesita repensar la justicia, y caminar hacia una que permita parir vida, que ponga en el centro una ética del cuidado, el reconocimiento de las diferencias y la pertenencia común, dado que estamos en la necesidad y obligación de vivir juntos y de tomar responsabilidad por las y los otros. Esta justicia incluye las dimensiones redistributiva y de reconocimiento, tal como lo plantea la feminista Nancy Fraser (1997), y debe superar la retórica de la ley, ser interiorizada y practicada en la vida cotidiana. En el contexto actual la justicia debe tener la capacidad de re-establecer la dimensión humana de todos los sujetos victimizados, algo

de lo que ha sido incapaz el Estado colombiano, y que parece también una imposibilidad hacerlo solo desde el discurso de las leyes.

En términos de verdad, nosotras y nosotros no queremos cualquier verdad ni la verdad por la verdad. Queremos una verdad eficaz, capaz de impactar la realidad, de transformar las condiciones que le dieron origen a la violencia. Una verdad verdadera, como reflexionábamos colectivamente con el capítulo Bogotá del MOVICE (2012), que cuente, analice y explique lo que realmente pasó en el país. Una verdad que desenmascare a los victimarios, dignifique a los sujetos victimizados, y evite que los hechos se vuelvan a repetir. Esa verdad no sigue el tiempo lineal de la justicia transicional hegemónica, pues no pretende romper con el pasado, dejarlo atrás, para construir ahora una nueva memoria colectiva que le da paso a una supuesta “nueva” nación imaginada que sigue siendo la misma. Por eso muchas y muchos nos hemos opuesto a que la justicia transicional, con el boom de la memoria, nos administre nuestra memoria, incentivando algunas y negando otras, como por ejemplo las que gritan que el Estado y ciertas elites políticas, económicas, raciales y culturales, son responsables de la violencia que hemos vivido.

Le decimos sí a la Comisión de la Verdad porque es parte de las propuestas que hemos construido por años. Pero queremos una Comisión de la Verdad en la que tengamos un rol activo, construida desde abajo, desde lo regional y local, y con capacidad de crear sujetos críticos. No queremos una Comisión de la Verdad que escriba libros y libros que terminan en los anaqueles de las bibliotecas, una verdad que nadie más allá de los intelectuales apropia y que queda atrapada en el relativismo de las versiones de lo acaecido. Queremos una verdad que nos permita entender qué fue lo que pasó, por qué, los responsables y sus razones. Una Comisión de la Verdad que

sea resultado de un proceso mediante el cual los sujetos victimizados y la ciudadanía en general apropie el pasado y la historia desde una mirada crítica que le permita identificar qué es lo que se debe transformar para la tan anhelada paz. Necesitamos una narrativa compleja, capaz de decodificar el código de guerra, por eso de nuevo de la mano con Nietzsche (1873), necesitamos una historia para la vida.

En términos de lo que se conoce como reparación, lo primero que tenemos que decir es que las pérdidas que hemos sufrido son irreparables, así como el sufrimiento, las experiencias vividas y la ruptura del tejido social. Para los sujetos de la digna rabia, los victimarios tienen una obligación y deber de reparar, así como el Estado. Si bien las reparaciones económicas son importantes para ciertos sujetos victimizados y en ciertos casos son necesarias, además de que es un derecho, nos negamos a entrar en la lógica monetaria de reparación que busca despolitizarnos, y hacernos transar a nuestros familiares por dinero, reproduciendo una política asistencialista que consolida sujetos acrílicos, mendigos del Estado. En contraposición a esta lógica que busca crear sujetos dóciles, la reparación tiene la tarea de retornar la dignidad a nuestros seres queridos, compensar el daño emocional sufrido y visibilizar sus luchas y nuestras luchas. De allí que sea central el reconocimiento público y colectivo de lo que pasó, así como la dimensión colectiva de las vulneraciones contra la izquierda, los indígenas, las mujeres, los afro-descendientes, los campesinos. La reparación debe también promover condiciones para continuar con una vida digna.

Por eso la importancia de las garantías de no repetición, o mejor, el grito ético y moral del **Nunca Más!** Esta demanda es una de las que más habla de la profundidad y radicalidad de las propuestas y demandas de los familiares, pues nos dice que para que la paz sea posible es necesario

que se operen cambios estructurales reales, atacando las causas estructurales de la violencia: la distribución de la tierra, las desigualdades económicas, la exclusión política y simbólica de las grandes mayorías.

El tránsito, el cambio al que nos aboca el presente no puede quedarse atrapado en una transición hegemónica, como la que en otros lugares ha propuesto la justicia transicional, una forma de gobernabilidad global que ha buscado domesticar las propuestas y demandas de los familiares y los sujetos victimizados, y que como en Guatemala y Sur África, solo por citar dos historias, no ha brindado ni las más mínimas condiciones para eliminar esas causas estructurales, transitando de un estado de la sociedad a otro similar pero con otro nombre: post-conflicto, paz. En esos contextos las transiciones, que han sido hegemónicas, reafirman el liberalismo, la democracia burguesa y el capitalismo como las únicas vías posibles, legitimando el Estado-nación, y enmascarando su responsabilidad en la violencia. Esas transiciones traen consigo una economía política específica: en este caso la profundización de la fase actual del capitalismo, el neo-extractivismo y la agroindustria promovida por las multinacionales. De esa manera se ratifica un modelo de desarrollo y progreso concreto: el mismo que ha traído una y otra vez muerte a este, nuestro territorio.

¿Qué hacer? Disputar la transición. ¿Cómo? Retribuyendo los dones de los sujetos victimizados, actuando, haciendo algo, tomando partido, reconociendo las emociones y potenciando las que generan vida. Nosotras y nosotros seguiremos haciendo de múltiples formas, muchas de las cuales van a ser producto de una profunda reinención política. En todo caso, seguiremos caminando con la memoria, una memoria rebelde que no se deja domesticar. Una memoria que como dice el viejo Lionso a través de Daniel Maestre, no es reconstruida subjetivamente, sino

que por el contrario ella nos reconstruye a nosotros y nosotras.

“Yo no pienso igual que tú’, me dijo el viejo Lionso. ‘Para mí’ - continuó diciendo- ‘la memoria es la que reconstruye al hombre, porque la memoria es la herramienta que utiliza la Madre creadora para hacer que sus hijos, nosotros, volvamos al camino de la armonía con la tierra y todo lo creado. Recuerdo que la última vez que te vi tenías el cabello corto, no mascabas ayu y no usabas el poporo; hoy te veo diferente. La memoria te ha estado reconstruyendo. Ella no necesita ser reconstruida por ti. Tú necesitas ser reconstruido por ella y esa reconstrucción que ella ha realizado en ti es lo que ha permitido fortalecer tu identidad” (Maestre, 2012).

Ambas, la concepción de paz liberal y el modelo de gobernabilidad global de la justicia transicional se sustentan en una visión lineal del tiempo y en una teleología en la que el pasado y el presente funcionan como entidades cerradas y posibles de ser separadas. En esa visión la memoria es concebida desde la visión antropocéntrica y logocéntrica que considera que los seres humanos tienen la potestad absoluta sobre el pasado a través de la razón, por lo cual es usual hablar de pasar la página. Esa visión contrasta con las visiones de comunidades indígenas, afro-descendientes y los propios sujetos victimizados, para los que la memoria y la relación con el pasado son diferentes.

En la conversación entre el viejo Lionso y Daniel Maestre, indígenas Kankuamo, la memoria construye el mundo y a los seres humanos, no al revés. El pasado es parte del presente y también tiene su propia agencia. Para los sujetos victimizados es precisamente el *evento afectivo*, un pasado siempre presente, lo que da origen a la constitución de nuevas identidades y subjetividades, y es el ser querido, desaparecido y/o asesinado, el que tiene el poder, la agencia, de generar el presente e incluso el futuro. El/ella permanece aquí

pese al esfuerzo del Estado y los paramilitares de borrarle, de hacerle invisible, de convertirle en un N.N. (sin nombre e identidad). Ese ser que ahora no está presente pero permanece vivo, es una de las expresiones de un tiempo no lineal y de una memoria 'performática', auto-generadora del mundo.

Esta concepción de la memoria tiene implícita una visión diferente sobre el olvido. Luego de distintas conversaciones con los sujetos victimizados concluimos desde nuestras experiencias que no es posible el olvido, sino que este es memoria represada. Freud (2008) y Ricoeur (2004), entre otros autores, plantean que el olvido es imposible. Lo que ocurrió siempre deja un trazo material que tiene su propia vida (Gómez, 2012), algo que llamo la materialidad del pasado. Más que olvido lo que ocurre a nivel individual y colectivo es que elementos del pasado se ponen a descansar, esto sí, a través de ejercicios conscientes, e incluso inconscientes, de los individuos/colectivos. Esto requiere un tratamiento distinto sobre el pasado que debe ir más allá de la idea de que conocer la historia permite no repetirla.

Tratar con el pasado bajo la lupa moderna hegemónica tiene al menos tres consecuencias: la primera es que el modelo de sociedad que permitió la violencia queda intacto; segundo, que el sufrimiento de los sujetos victimizados no se toma seriamente; y tercero, que las propuestas y visiones de los sujetos que han sido localizados en el pasado por la episteme moderna/colonial al ser equiparados con el atraso: indígenas, campesinos, afro-colombianos y mujeres, son de nuevo condenados a la invisibilidad. Desde ese modelo hegemónico todo hecho de barbarie cometido por los autores que buscan legitimar un nuevo pacto debe olvidarse, dejarse atrás, en el pasado. Ese tipo de olvido que pasa por un boom de la memoria, no lidia realmente con el pasado, pues

no cumple con el deber moral y ético que se le ha asignado por distintos actores: el Nunca Más. La no repetición.

Organizaciones como ASFADDES, MOVICE e Hijos e Hijas, realizan un trabajo de memoria cotidiano con la intención de hacer visible lo repudiable, y con lo que no están de acuerdo. Al hacer esto están invitando al conjunto de la sociedad a transformar ese "pasado" y no solo a dejarlo atrás. Esto implica nociones radicales, no-modernas o más allá de lo moderno, sobre la memoria. Hijos e Hijas propone hablar y actuar una memoria para la transformación social que incluye la memoria de la larga duración, la memoria crítica y la memoria de las luchas (Gómez, 2012).

Junto con colectivos como Dexpierte, Kinorama y otros, planteamos ejercicios de memoria que retan la institucionalización, cosificación y domesticación de la memoria y el pasado. Estas visiones de memoria para la transformación articulan propuestas de acción que buscan transformar las condiciones que dieron origen a la violencia, al pasado que acecha, potencializando aquello del pasado que alimenta la construcción de otra sociedad. La memoria, además de una respuesta al silencio y el olvido impuesto, es la expresión del carácter rebelde y obstinado de los familiares, y la forma en la que recrean la racionalidad con sus seres queridos. La memoria permite re-organizar el cuerpo individual y colectivo que ha sido desmembrado desde la Conquista⁵.

En estas diversas formas la memoria se convierte en verbo político (Gómez, 2012), en la posibilidad

5 En inglés remember puede ser pensado como reorganizar lo que ha sido desmembrado (re-member). Una figura simbólica que funciona muy bien para la historia de Abya Yala, donde el cuerpo individual y colectivo, desde la Conquista, y por los actores que ejercen el poder hegemónico, ha sido desmembrado, desarticulado.

de hacer, de impactar, de transformar. Esta es una memoria dinámica, en movimiento, callejera, rebelde, femenina (Gómez, Poveda y Valencia, 2013) que se constituye en sí misma en una forma propia y alternativa de alcanzar justicia en un contexto donde esta parece para algunas personas imposible de alcanzar.

Si como en los talleres y las conversaciones con los sujetos victimizados concluimos que el olvido es memoria represada, si el pasado siempre está allí y contiene memorias dolorosas, ¿qué debemos hacer en Colombia con relación al sufrimiento de los sujetos victimizados? ¿Si la verdad es fundamental para los procesos de sanación y duelo qué vamos a hacer en un posible escenario en el que esto no ocurra?

Su acción como mujer y hombre que rechaza la impunidad y la violencia es fundamental, como persona que reconoce a los sujetos victimizados y tiene la valentía de encarar con ellos y ellas el pasado, y construir en el día a día otra sociedad. Esa es una, entre otras formas, en las que usted, colombiana, colombiano, amigo, amiga, lector, puede retribuir los dones que por años, así usted no lo haya visto, decenas de mujeres y hombres le están/estamos dando a este país, en un esfuerzo por construir **otro estado de la sociedad**.

Bibliografía

- Ahmed, Sara. 2004a. *The Cultural Politics of Emotion*. New York: Routledge.
- _____. 2004b. "Collective Feelings: Or, The Impressions Left by Others." *Theory, Culture & Society* 21 (2): 25–42.
- Das, Veena. 2008. *Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Editado por Francisco Ortega. Colección. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- De la Cadena, Marisol. 2010. "Indigenous Cosmopolitics in the Andes: Conceptual Reflections beyond 'Politics.'" *Cultural Anthropology* 25 (2): 334–370.
- Fraser, Nancy. 1997. *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición "postsocialista"*. Bogotá: Nuevo Pensamiento Jurídico, Universidad de los Andes.
- Freud, Sigmund. 2008. *The Interpretations of Dreams*. New York: Oxford University Press.
- Foucault, Michel. 1993. *El pensamiento del afuera*. España: Edición PRE-TEXTOS.
- Gibson-Graham, J.K. 2006. *A Postcapitalist Politics*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Gómez, Diana. 2012. "Enfrentando el pasado, pensando el presente e imaginando otros futuros." En: *Hescuela: desaprendiendo para liberar*. Editado por Victoria Argoty Pulido y Diana Gómez Correal, pp. 239–61. Hijos e Hijas por la Memoria y contra la Impunidad. Bogotá: Impresol.
- _____. 2015. "Disputas Ontológicas en curso en la coyuntura transicional." En: *Las Víctimas, la Memoria y la Justicia en el contexto de la globalización. Aproximación al debate actual*. Editado por G. Pardo y Juan Celis. Bogotá: Instituto de Estudios en Comunicación y Cultura (IECO), Universidad Nacional de Colombia, Red Latinoamericana de Analistas del Discurso (REDLAD).
- Gómez, Diana, M. Poveda, y R. Valencia. 2013. "Esta memoria sueña y hace, hace y sueña." En: *Fanzine Red Transnacional de Otros Saberes, Retos*, No. 1. México.
- Gould, Deborah B. 2009. *Moving Politics: Emotion and ACT UP's Fight against AIDS*. Chicago: University of Chicago Press.
- Guerrero, Javier. 1991. *Los años del olvido. Boyacá y los orígenes de La violencia*. Bogotá: Tercer Mundo.

Maestre, Daniel. 2012. "Conversando sobre la memoria, o mejor, escuchando al Viejo Lionso sobre qué es la memoria." En: *Hescuela: desaprendiendo para liberar*. Editado por Victoria Argoty Pulido y Diana Gómez Correal, pp. 111-14. Hijos e Hijas por la memoria y contra la impunidad. Bogotá: Impresol.

Mauss, Marcel. 2000. *The Gift. The Form and Reason for Exchange in Archaic Societies*. New York: W.W. Norton.

Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado, Bogotá. 2012-2013. Trabajo de campo.

Nietzsche, Friedrich. 1873. *The Use and Abuse of History for Life*. En: <http://records.viu.ca/~johnstoi/Nietzsche/history.htm>.

Oatley, Keith. 2004. *Emotions: A Brief History*. Malden: Blackwell Publishers.

Ricoeur, Paul. 2004. *Memory, History, Forgetting*. Chicago: University of Chicago Press.

Rojas, Cristina. 2002. *Civilization and Violence: Regimes of Representation in Nineteenth-Century Colombia*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Torres, Camilo. 2010. *El Amor Eficaz*. Editado por Claudia Korol, Kelly Peña y Nicolás Herrera. Buenos Aires: América Libre.

Williams, Raymond. 1977. *Marxism and Literature*. New York: Oxford University Press.

Entrevistas:

Arias, Eliécer. Entrevista de la autora. Bogotá, noviembre 30, 2012 y diciembre 31, 2013.

Díaz, Blanca. Entrevista de la autora. Bogotá, junio 17 y 24, 2013.

Gómez, Gloria. Entrevista de la autora. Bogotá, junio 5, 19 y 27, julio 16, y diciembre 19, 2013.

Huitaca. Auto-etnografía. Bogotá y Chapel Hill. Agosto 2013-mayo 2015.

Lalinde, Fabiola. Entrevista de la autora. Medellín, julio 16, 2010.

Navarrete, Pilar. Entrevista realizada por Liuvoff Morales. Bogotá, noviembre 2, 2013.

Neira, Yuri. Entrevista de la autora. Bogotá, febrero 13 y 27, marzo 5, 2013.

Rivera, Shaira. Entrevista de la autora. Bogotá, mayo 13 y 20, 2013.